

MANUEL ALCÁNTARA, MERCEDES GARCÍA MONTERO
Y FRANCISCO SÁNCHEZ LÓPEZ (Coords.)

Migraciones

MEMORIA DEL 56.º CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS

DOI: http://dx.doi.org/10.14201/OAQ0251_16



AQUILAFUENTE
A



Ediciones Universidad
Salamanca

AQUILAFUENTE, 251



Ediciones Universidad de Salamanca y
los autores
Motivo de cubierta: Idea original de Francisco Sánchez y
desarrollado por Clint is Good
<https://clintisgood.com/>

1ª edición: julio, 2018

978-84-9012-913-5 (pdf obra completa)
978-84-9012-914-2 (pdf, vol. 1)
978-84-9012-915-9 (pdf, vol. 2)
978-84-9012-916-6 (pdf, vol. 3)
978-84-9012-917-3 (pdf, vol. 4)
978-84-9012-918-0 (pdf, vol. 5)
978-84-9012-919-7 (pdf, vol. 6)
978-84-9012-920-3 (pdf, vol. 7)
978-84-9012-921-0 (pdf, vol. 8)
978-84-9012-922-7 (pdf, vol. 9)
978-84-9012-923-4 (pdf, vol. 10)
978-84-9012-924-1 (pdf, vol. 11)
978-84-9012-925-8 (pdf, vol. 12)
978-84-9012-926-5 (pdf, vol. 13)
978-84-9012-927-2 (pdf, vol. 14)
978-84-9012-928-9 (pdf, vol. 15)
978-84-9012-929-6 (pdf, vol. 16)
978-84-9012-930-2 (pdf, vol. 17)
978-84-9012-931-9 (pdf, vol. 18)
978-84-9012-932-6 (pdf, vol. 19)

Ediciones Universidad de Salamanca
Plaza San Benito, 2
E-37002 Salamanca (España)
<http://www.eusal.es>
eus@usal.es

Maquetación:
Cícero, S.L.
Tel.: 923 12 32 26
Salamanca (España)

Realizado en España-Made in Spain

 Usted es libre de: Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato
Ediciones Universidad de Salamanca no revocará mientras cumpla con los términos:

 Reconocimiento — Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

 NoComercial — No puede utilizar el material para una finalidad comercial.

 SinObraDerivada — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede difundir el material modificado.

Ediciones Universidad de Salamanca es miembro de la UNE
Unión de Editoriales Universitarias Españolas
www.une.es



Catalogación de editor en ONIX accesible en
<https://www.dilve.es/>

**MECANISMOS DE INSERCIÓN Y ARRAIGO
EN UN ESPACIO RECEPTOR. EXPERIENCIAS
EN EL CHACO ARGENTINO EN LA PRIMERA
MITAD DEL SIGLO XX**

MARI, OSCAR ERNESTO

MECANISMOS DE INSERCIÓN Y ARRAIGO EN UN ESPACIO RECEPTOR. EXPERIENCIAS EN EL CHACO ARGENTINO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

I. INTRODUCCIÓN

El Chaco Austral, situado en el nordeste de Argentina, fue colonizado por pobladores blancos durante su etapa como Territorio Nacional con contingentes de países europeos o de jurisdicciones vecinas arribados en distintos momentos, de acuerdo con el impulso de las políticas colonizadoras, o las demandas de los ciclos económicos en curso.

Desde fines del siglo XIX comenzaron a llegar los primeros colonos provenientes del norte de Italia que se instalaron en las inmediaciones de lo que luego sería la capital del Chaco *austral* (Resistencia), dando comienzo así a la *primera etapa* de colonización con inmigrantes europeos, en el sector oriental.

Casi al mismo tiempo, y en coincidencia con el surgimiento del llamado *ciclo forestal* o del *tanino*, arribaron escalonadamente jornaleros provenientes de la vecina provincia de Corrientes, y luego del Paraguay, que se incorporaron como trabajadores manuales en las faenas inherentes a las actividades forestales o azucareras, siempre en el sector oriental.

En la *segunda etapa* significativa de poblamiento, que se inició a comienzos de la década del veinte juntamente con el advenimiento del llamado *ciclo algodonero* y la expansión hacia el interior del Territorio, la población pasó de 46.274 habitantes en 1914, a 60.500 en 1920; a

214.000 en 1934, llegando finalmente a 360.000 en 1940.

Esta segunda *oleada inmigratoria*, denominación que procura una correspondencia secuencial con la ocurrida a fines del siglo XIX en el sector oriental, se distribuyó fundamentalmente en el área central y sud-oeste del Chaco, en donde simultáneamente se desarrolló la expansión agrícola basada en el cultivo mencionado.

En estos nuevos espacios colonizados, particularmente en los departamentos denominados *Napalpí* y *Campo del Cielo*, se radicaron buena parte de los nuevos contingentes arribados, y las colonias que los agruparon fueron, a la sazón, las que dieron sustento y progreso a las localidades vinculadas a la explotación del textil.

Teniendo en cuenta la heterogeneidad de los grupos sociales participantes de este proceso, nos hemos preguntado de qué forma se produjo su inserción en un medio muy distinto al de sus lugares de origen (sobre todo en el caso de los extra-regionales); cómo es que sobrellevaron los drásticos cambios que supuso el desarraigo y la acelerada adaptación que debieron emprender para manejar sus respectivas actividades; de qué medios y estrategias se valieron para sortear los obstáculos que presentaba una jurisdicción que aún no se había organizado mínimamente en algunos aspectos; y finalmente, de qué manera encararon sus vínculos sociales fuera de sus respectivas colectividades, teniendo en cuenta la diversidad de nacionalidades presentes.

Precisamente en este sentido, uno de los primeros puntos que hemos estimado repasar para empezar a responder estas preguntas, es el referido a las características diferenciadoras de este conjunto social, haciendo alusión a las procedencias, volúmenes ingresados, composición, lugares en los que se afincaron, y actividades u oficios a los que se dedicaron. Hecho esto, pretendemos

realizar luego una descripción de algunos hábitos y costumbres para ir señalando adaptaciones, articulaciones, o eventuales simbiosis en los distintos niveles de integración.

El objetivo es, finalmente, perfilar el comportamiento de los grupos pobladores arribados, quienes ya fuese por una fuerte “presencia” económica o social, o bien por mayoría numérica, se erigieron como los más representativos del Chaco de la primera mitad de la centuria. Al mismo tiempo pretendemos mostrar los incipientes procesos de integración (o convivencia) operados dentro de este naciente conjunto social.

II. LA HETEROGENEIDAD SOCIAL RESULTANTE DE LA DENOMINADA SEGUNDA ETAPA INMIGRATORIA

II.1 *Los inmigrantes de origen europeo*

Durante las décadas del veinte y treinta, tanto en los medios periodísticos como en parte de la literatura de la época, comenzó a proyectarse la imagen de un “*Chaco gringo*” a raíz del importante número de inmigrantes europeos que se instalaron en el interior del Territorio luego de la culminación de los ramales ferroviarios que lo atravesaron de Este a Oeste.

Si bien esta imagen no se correspondió enteramente con la realidad, ya que los grupos provenientes de Paraguay o de provincias vecinas fueron mucho más numerosos, la súbita influencia de los europeos y la fuerte *impresión cromática* que causaron estas personas blancas y rubias descendiendo de los trenes y ocupando las colonias, alimentó esa idea.

Este fenómeno se había acelerado especialmente cuando, luego de la fundación de pueblos a la vera de las vías, se atrajo inmigración europea a través de algunas iniciativas gubernamentales dispuestas entre 1921 y 1923.

Como consecuencia de ello, entre 1920 y 1930 se internaron 14.894 inmigrantes europeos en el Chaco, y más de 7.000 lo harían en la siguiente década. Aproximadamente el 90% de estos europeos se afincaron en los ámbitos rurales, o en localidades vinculados a la actividad algodonera. (BECK 2001: 63)

Las nacionalidades ingresadas específicamente en estos años se repartieron en las siguientes proporciones: Polacos (24%); Italianos (22%); Yugoslavos (13%); búlgaros (11%); Españoles (9%); Alemanes (8%); Checoslovacos (7%), y Rusos, Lituanos y Ucranianos aproximadamente un (2%)¹.

Ahora, cuáles fueron las características distintivas de algunos de estos grupos al momento de su llegada al Chaco? Siguiendo en parte las referencias de historiadores chaqueños, algunos de los cuales han sido testigos directos de estos acontecimientos, podríamos hacer algunas semblanzas, no sin antes advertir que para tal fin debe tenerse en cuenta la diferente idiosincrasia de latinos, eslavos, y germanos, que fueron a la sazón, los grupos étnicos europeos de mayor presencia en el Chaco. Esa distinción ayudará a comprender mejor los distintos tiempos del proceso de adaptación al medio por parte de los respectivos grupos.

En el caso de españoles e italianos, éstos ya habían ingresado al Chaco durante la primera etapa colonizadora instalándose en las primigenias colonias situadas en las cercanías de los grandes ríos del Este. Ambas nacionalidades constituyeron siempre los grupos mayoritarios de la inmigración argentina.

¹ Diario La Voz del Chaco, Enero de 1930. Citado por (BECK 2001: 63)

Ya en esta segunda etapa inmigratoria, dichas colectividades volvieron a ser numéricamente superiores, y desde luego, por afinidad cultural tuvieron una rápida integración. Las publicaciones chaqueñas de la época describían por ejemplo al italiano promedio afincado en el Chaco como:

[...] un exponente fiel del trabajo y de la perseverancia llevados hasta el grado de la rudeza... Siembra la tierra y construye pueblos sin saber porqué, mientras le da al país el esfuerzo para enriquecerlo. Se identifica de tal manera con nuestros hábitos y costumbres, que al poco tiempo parece rivalizar con nosotros por la preeminencia del aire nacional. (ALBUM GRÁFICO 1935: 97)

Los polacos, por su parte, componían un grupo de bajo nivel educativo, y si bien constituyeron un buen número de colonos agrícolas en las zonas aledañas de Charata, Las Breñas y Sáenz Peña, Beck asegura que no fue la actividad preferencial, sino que vivieron en los centros urbanos dedicados fundamentalmente al comercio. (BECK 2001: 66)

Los checoslovacos, se instalaron en el núcleo urbano de Sáenz Peña y en sus alrededores, en donde pronto fueron catalogados como “laboriosos, mesurados, meditativos, cultos, y dignos”. (MIRANDA 1955: 254)

Los búlgaros fueron otro de los grupos con importante presencia en el Chaco, ya que entre 1923 y 1929 ingresaron 1.166 personas de ese origen. Se radicaron inicialmente en los alrededores de Sáenz Peña, pero entre 1927 y 1931 una buena parte de ellos se trasladó a la zona de Las Breñas. Una de las características destacadas de los búlgaros fue su bajo índice de analfabetismo y también el visible activismo que manifestaron durante las llamadas “huelgas algodoneras” de los años 1934 y 1936.

Los yugoslavos, denominación que como se sabe incluía en esta época a varias nacionalidades, se afincaron en las zonas circundantes a Sáenz Peña, Campo Largo, Corzuela, Quitilipi, Las Breñas, y Villa Angela. Llegaron a conformar una nutrida colonia en el sur de Sáenz Peña que es conocida con el nombre de *La Montenegrina*. Los ucranianos, a su vez, se instalaron en la zona rural comprendida entre Sáenz Peña, Las Breñas, La Tigra y San Bernardo, en el centro del Chaco.

El grupo Germano estuvo, por su parte, representado por quienes vinieron directamente de Alemania, y los que lo hicieron desde el sur de Rusia. Dentro de los primeros, muchos se instalaron en las inmediaciones de Charata. Los segundos, llamados *alemanes del Volga* arribaron al Chaco provenientes del Territorio Nacional de La Pampa, desde donde emigraron por causa de una prolongada sequía. Ya en este Territorio poblaron las colonias *Castelli* y *La Florida* a partir de 1931, luego de un sacrificado proceso de traslado.

Y aunque los datos consignados en los censos de la época parecerían convalidar a primera vista la imagen de un Chaco *gringo* debido a las múltiples nacionalidades presentes, recordamos que la afluencia de paraguayos y de argentinos provenientes de otras regiones del país fue muy superior a la de los europeos.

Aún así, esta *impresión visual* es la misma que tuvieron los observadores de época, porque en determinados lugares, la presencia más activa de colonos de origen europeo en la vida diaria hizo que los criollos fueran eclipsados, aún cuando eran mayoría.

Todavía en 1955, Guido Miranda decía:

A primera vista la población de ciertos lugares del Chaco parece estar compuesta exclusivamente por extranjeros [...] los que manejan carros, sulkys y tractores son generalmente europeos; los almacenes, fondas o talleres están en manos de gringos; las chacras de algodón pertenecen en su mayoría a inmigrantes o a sus hijos, quienes además de tener un extraordinario parecido físico, conservan con fidelidad el idioma y los hábitos de sus progenitores (MIRANDA 1955: 278)

Pero esta fuerte presencia gringa producida por la intensa actividad desplegada en sus respectivos ámbitos de residencia, derivaba de muy justificables razones. Al someterse a un doloroso desarraigo ocasionado por la necesidad sufrida en sus respectivos países de origen, la mayor parte de estos inmigrantes estuvieron obligados a revertir lo antes posible su situación en este nuevo medio. Esto sólo podría hacerse mediante el trabajo febril, y es por ello que la literatura de época los caracterizó en general como seres emprendedores y laboriosos, comportamiento éste que se transmitió en buena medida a sus descendientes.

En este sentido, bien viene recordar algunos párrafos de las descripciones que hizo Francisco Suáiter Martínez sobre la mentalidad y comportamiento del residente promedio de los Territorios Nacionales Argentinos, luego de haber observado atentamente a estos conjuntos sociales durante las primeras décadas del siglo XX.

En su libro homónimo publicado en 1943, aseguraba que en los Territorios, la vida de sus habitantes giraba “en torno a los valores económicos”. Esos hombres y mujeres -decía- componían un ejército de trabajadores que no tenían horas para el gozo, y así terminaba formándose un determinado “tipo de hombre”.

Desde sus primeros meses de vida se acunaban con el rumor del fuelle y con la música de las máquinas agrícolas; contaban luego con pocas horas para el juego, y aprendían a trabajar desde los primeros años. Sin niñez, desconocían la emoción de la adolescencia; prematuramente compartían responsabilidades y trajines, y se hacían hombres y mujeres antes de tiempo, con un carácter neutro, casi asexuado [...] (SUÁITER MARTÍNEZ 1943: 116-117)

Pero si bien esta caracterización es aplicable casi exclusivamente a las primeras etapas de la colonización en estos espacios, no deja de ser cierto que el habitante de los Territorios Nacionales se correspondía, en general, con un tipo humano diferente al que residía en las antiguas provincias constituidas. Algunas de esas diferencias radicaban, en parte, en el valor que se asignaba al esfuerzo, que no tenía el mismo significado para los territorianos que para los provincianos.

En este sentido, Suáiter Martínez decía que mientras el provinciano no podía sostener en el tiempo el impulso inicial, la continuidad del esfuerzo, el método y la organización del trabajo; los residentes de los Territorios tenían incorporados los principios de orden, disciplina y trabajo metódico. Decía que el territoriano, al estar atado a la producción de la tierra, vivía pendiente del clima, de los precios, del futuro, y por tanto, actuaba de una manera muy particular. (SUÁITER MARTÍNEZ 1943: 119)

Y coincidiendo en muchos aspectos con Suáiter Martínez, el escritor chaqueño José Pavlotzky aportó en su momento su propia descripción sobre el típico inmigrante europeo instalado en el interior del Chaco: “Estos hombres de trabajo, de sencillas costumbres y de gustos aún no refinados, constituyen el fermento de la futura aristocracia del dinero y de la renta. Sin más deseo que el de prosperar económicamente, carecen de toda inquietud superior. Su único lema es hacer dinero”, decía en su descripción del habitante promedio de la localidad de Sáenz Peña. (PAVLOTZKY 1947: 29)

En la misma obra añadió otras referencias muy ilustrativas, aunque en este caso, dedicadas a la apatía espiritual que él creía ver en estos pobladores. Debe sin embargo aclararse en este sentido, que la atención espiritual en la mayor parte del Chaco fue muy restringida hasta casi finales de la década del treinta, época en la que recién se empezó a cristalizar la organización formal de la iglesia católica. Hasta entonces, esta labor fue desempeñada por sacerdotes misioneros, de manera esporádica y con una muy acotada cobertura espacial, de modo que no podía esperarse entonces un cultivo de la espiritualidad en poblaciones heterogéneas que carecían de una instrucción religiosa regular.

II.2 *Los grupos procedentes de los espacios circundantes*

El auge del cultivo algodonero ocurrido simultáneamente con el proceso colonizador se expresó en un dinamismo extraordinario en términos económicos y demográficos. En este sentido es necesario recordar que la explotación del textil demandó altos porcentajes de mano de obra temporal que fue cubierta con contingentes provenientes de regiones circundantes al Chaco.

Es por ello que nutridos grupos procedentes de antiguas provincias vecinas como Corrientes, Santiago, Salta o Santa Fe, participaron activamente en las tareas de cultivo y zafra del algodón, en campañas que duraban desde los meses de febrero o marzo, hasta agosto o septiembre en cada año. La periódica afluencia llegó a ser muy significativa, por lo cual es necesario cuantificar y cualificar a estos grupos para dimensionar adecuadamente su incidencia en este escenario.

Sólo a título ilustrativo, para 1935 los requerimientos adicionales calculados por el gobierno territorial para la cosecha de ese año hablaban de unas 30.000 personas, y en efecto, ingresaron para la zafra 29.407 braceros. Teniendo en cuenta que la población permanente del Territorio ascendía entonces a 276.343 habitantes, esta afluencia significaba elevar repentinamente en casi un 11% el número de personas residentes en el Chaco. (CASTELLS 1936: 84) Estos bruscos cambios demográficos provocaban naturalmente el desborde de la administración del Territorio, lo cual se evidenció de manera particular en una cierta ineficacia para ejercer un adecuado control social.

El componente medio de estos jornaleros y braceros estaba integrado, como es de suponer, por las clases más bajas de la escala social. En el caso de los braceros, aún el profesional de la recolección, llamado golondrina porque alternaba en las zafra de diferentes regiones del país, era normalmente analfabeto o semi-analfabeto (GARCÍA MATA-FRANCHELLI 1942:15), sin instrucción adecuada respecto al conocimiento de las leyes, y cuyo respeto al orden se basaba más bien en el temor que inspiraba una autoridad visible, que al autocontrol. Eran personas curtidas, acostumbradas a las privaciones de la vida itinerante y sin hogar fijo.

La estacionalidad de las labores implicaba una vida en condiciones inestables durante el tiempo de permanencia en esta jurisdicción. Esto ocurría particularmente durante la temporada de zafra, en la que la masa de braceros arribada para tal fin debía alternar de chacra en chacra al término de cada “pasada”, sin posibilidades de permanecer en un lugar fijo, y en la mayoría de los casos, tampoco en albergues adecuados.

El periodista chaqueño Juan R. Lestani supo describir las condiciones en las que transcurría la vida cotidiana de estos trabajadores durante sus períodos de permanencia en el Chaco. Decía en 1935: “Esta gente trabaja en muy malas condiciones, pues las chacras carecen de galpones de albergue para sus peones, debiendo buscar cada uno de ellos la mejor forma de afrontar las inclemencias del tiempo bajo los árboles, o en mal cubiertos techos de paja [...]” (LESTANI 1935: 36-37)

Sin embargo, el historiador Guido Miranda ofreció otra visión sobre las motivaciones de estos grupos y de sus condiciones de permanencia al referirse a un típico movimiento de migración interna ocasionado por el proceso algodonero. Aludiendo a la vida que llevaban los cosecheros, decía:

[...] días de trajín entre interminables líneas de algodón, recogiendo capullos bajo un sol ardiente, durmiendo en el suelo, comiendo en cuclillas [...] A primera vista no podemos explicarnos la afición a esta vida si no es por el gusto de ambular de una chacra en otra, y por el prestigio peculiar que asumen en sus almas las reuniones que durante la noche se realizan a campo abierto, con música, juegos y recuerdos de otras cosechas [...] (MIRANDA 1955: 57)

Otro informe referencial sobre las condiciones laborales y de vida de los cosecheros que arribaban al Chaco en esta época, fue el que confeccionaron los ingenieros agrónomos Rafael García Mata y Rómulo Franchelli, quienes en su función de representantes de la Junta Nacional del Algodón hicieron entre 1939 y 1941 una precisa evaluación de estas cuestiones intentando demostrar las ventajas que reportaría la mecanización de la cosecha algodonera para resolver, entre otras cosas, la problemática humana devenida de las tareas manuales de zafra.

En el informe definieron a la masa de cosecheros inmigrantes de otras provincias como “mano de obra adventicia”, la cual, si bien reconocían que aportaba un valioso recurso para la zafra, “dicha solución estaba lejos de satisfacer las más elementales exigencias de la dignidad humana”. (MATA-FRANCHELLI 1942: 11) La postura de los autores a lo largo de su informe, fue que la mecanización de la cosecha evitaría la explotación del bracero, “germen permanente de disturbios sociales como consecuencia de su lamentable situación económica”. (MATA-FRANCHELLI 1942: 12)

En el mismo se explayaron acerca de las condiciones de vida de estos cosecheros, advirtiendo desde un principio que “nada nuevo se agregaría si se afirma que sus condiciones de vida durante su estadía son muy precarias”. (MATA-FRANCHELLI 1942: 15) Referencias adicionales ofrecen cuando caracterizan las diferentes particularidades de los cosecheros correntinos y santiagueños respectivamente, los que a la sazón, integraron los grupos mayoritarios de esta masa laboral, y cuya periódica afluencia marcó una fuerte impronta en la conformación identitaria de la sociedad chaqueña.

Desde luego, estos contingentes trajeron consigo el acervo cultural propio e identificativo de sus lugares de origen, y hasta sus tipologías físicas particulares, y esos aportes se incorporaron al mosaico multicultural en que se estaba transformando el Chaco.

III. LOS ESPACIOS DE RELACIÓN INTERÉTNICOS

Durante los primeros años de residencia en este Territorio la mayor parte de los inmigrantes europeos estuvieron consagrados a revertir sus apremiantes necesidades materiales y a consolidar las posiciones obtenidas en una determinada actividad u oficio.

Satisfechas estas urgencias, que no demandaron más de cinco años en el contexto próspero del Chaco de los años veinte, se dispuso de más tiempo (y recursos) para destinarlos a las sencillas formas de sociabilidad que comenzaron a practicarse en esta sociedad en formación, y que fueron lógicamente, uno de los mecanismos que propiciaron la integración.

En los primeros tiempos la interrelación social estuvo más o menos reducida al propio grupo étnico, práctica que mantuvo una mayor perdurabilidad entre los eslavos y germanos especialmente. Esto puede constatarse en parte al analizar las pautas matrimoniales, que en algunas colectividades reflejaron, por ejemplo, altos índices de endogamia.

Pero luego comenzaron a surgir los primeros espacios de sociabilidad multiétnicos que posibilitaron un contacto más fluido entre los diversos grupos de origen europeo, y sobre todo entre éstos y los inmigrantes internos (criollos). Estos ámbitos fueron en principio las asociaciones mutualistas y las cooperativas agrícolas que actuaron como canales de contacto entre las familias, y centros inmejorables para el ejercicio de la vinculación social.

Las sociedades mutualistas fueron las primeras organizaciones que posibilitaron estos intercambios en el Chaco, y a la sazón, varias de ellas se fundaron tempranamente en este Territorio Nacional. Tal vez esté demás señalar que entre las primeras entidades de este tipo surgidas en el

Chaco estuvieron las de los italianos y españoles, por ser las colectividades mayoritarias afincadas durante la primera etapa inmigratoria.

Pero durante la segunda corriente, y particularmente en la zona central del Chaco, una de las primeras instituciones fundadas, vinculadas esta vez a los nuevos grupos arribados, fue la de los checoslovacos, constituida en Sáenz Peña bajo el nombre de Slavia en el año 1917. Luego surgirían otras como la Unión Germánica en Charata (1920); la Sociedad Húngara de Cultura y Socorros Mutuos en Villa Angela (1931). Otros centros culturales y de beneficencia fueron, por ejemplo los que se erigieron en la colonia La Montenegrina en 1927, o la de los Búlgaro Macedónicos en 1929 en Las Breñas. Posteriormente nacerían las asociaciones pertenecientes a los búlgaros y yugoslavos, ambas en Sáenz Peña, aunque lo harían tardíamente, ya en la década del cincuenta.

Estas instituciones cumplieron cabalmente con el propósito para el cual fueron creadas, y en general, tuvieron una política de puertas abiertas hacia quienes no eran parte de la colectividad respectiva.

En lo que respecta a las cooperativas agrícolas, las primeras instituciones de este tipo surgieron en el Chaco en su zona oriental, también como consecuencia de la acción de los pioneros de la primera corriente inmigratoria.

Ya en la segunda etapa de afluencia y en buena medida como parte del auge algodonero, se expandirían en la zona central y sudoeste del Territorio. A partir de 1925 se multiplicaron estas entidades, llegando a 16 en 1934; a 24 en 1940, y a 32 a finales de esa década. En un alto porcentaje se instalaron en los departamentos que concentraron en este momento el mayor volumen de la masa inmigratoria, es decir Campo del Cielo y Napalpí, y como era de esperar, dichas instituciones llegaron a asociar al 75% de los agricultores, incluyendo -sin distinción-, a criollos e inmigrantes de diferentes orígenes. (BECK 2001: 112)

Además de las funciones específicas de proteger los intereses de sus asociados, estas cooperativas actuaron como centros vinculantes de la masa social ligada a ellas. Por haber conocido esta realidad in situ, creemos estar en condiciones de respaldar enteramente la descripción que hiciera el historiador chaqueño Guido Miranda al referirse, por ejemplo, al evento excepcional que representaban las asambleas anuales de estas entidades, las que por sus características, fueron un inmejorable espacio de vinculación social entre grupos que normalmente no tenían muchas posibilidades de contacto, sobre todo a nivel familiar. Decía Miranda:

Hay un día en el año en que se paralizan los trabajos en las chacras; toda la familia, inclusive los peones, se acicala con la mejor vestimenta y parte –en carros, sulkys o volantas- para asistir a un acto que tiene lugar en el pueblo, y que dura desde la mañana hasta altas horas de la noche: es la Asamblea Anual Ordinaria de la Cooperativa. Siempre hemos contemplado con emoción estas vastas asambleas públicas, celebradas en los galpones de zinc que sirven para almacenar la fibra o la semilla de algodón. Son un acontecimiento característico del Chaco: cientos de socios de la más heterogénea condición; agricultores, viejos, hijos, o viudas que siguen con la labor, se reúnen a discutir intereses comunes a pesar de las diferencias de idioma, origen, situación, educación, o temperamento. (MIRANDA 1955: 259-260)

Finalizada la reunión, lo cual solía ocurrir pasado el mediodía, se procedía a servir el tradicional asado vacuno a una verdadera multitud, ya que en este agasajo participaban muchos lugareños, aunque no fuesen socios de la cooperativa. De esta forma, además de la función específica que cumplieron estas asociaciones, indudablemente desempeñaron un rol no menos importante como centros de interrelación cultural y social en ámbitos en los cuales los puntos de contacto colectivo no abundaron.

En estos espacios llegaron a forjarse sólidas amistades entre criollos y gringos, y con frecuencia, fueron también el entorno ideal para propiciar el nacimiento de lazos parentales derivados de las relaciones entabladas entre las nuevas generaciones.

IV. SOCIABILIDAD, HÁBITOS, Y COSTUMBRES

Como hemos dicho, en el Chaco de los años veinte en adelante existieron zonas en las que sobresalió con mayor relevancia la actividad algodonera, lo cual potenció la prosperidad de localidades y colonias vinculadas a la misma, atrayendo de esta forma a la mayor parte de los contingentes que vinieron a participar del exitoso proceso algodonero. Este fenómeno pudo observarse con particular claridad en el departamento Napalpí, en el centro geográfico del Territorio, cuya cabecera era la ciudad de Sáenz Peña, fundada en 1912, y que conserva hasta hoy el segundo lugar en orden de importancia en el Chaco.

La misma puede tomarse como la muestra más representativa del conglomerado multiétnico asentado en el interior del Chaco, y por ello consideramos que la descripción de la vida cotidiana de sus habitantes y de sus maneras habituales de interrelación, nos ilustra en buena medida sobre lo ocurrido en otros pueblos del Territorio. En este sentido son muy útiles las referencias proporcionadas por los lugareños, y la información procedente de los periódicos locales.

Durante las décadas del veinte y hasta finales de la del cuarenta, Sáenz Peña y sus adyacencias fueron prácticamente el centro dinámico de producción del Chaco, y el crecimiento poblacional marchó a un ritmo concordante. Sólo basta decir, por ejemplo, que el departamento Napalpí, cuya cabecera era precisamente esta ciudad, pasó de 5.552 habitantes en 1920, a 50.652 en 1934. En 1935 su población estrictamente urbana era ya de 14.899 personas, y en 1940 alcanzaba a 25.513 habitantes, de manera que en muy pocos años esta ciudad multiplicó su población considerablemente.

Su cuerpo social fue muy heterogéneo, por lo cual su imagen a finales de los años veinte era la de una ciudad cosmopolita en donde el trajín multiétnico dominaba la escena.

Pero al margen de su agitado ritmo de vida, esta comunidad afrontaba algunas dificultades propias de su sitio de emplazamiento; de infraestructura, y desde luego, del vertiginoso crecimiento demográfico ocasionado por el auge algodonero en el Chaco. Durante esta década, todo estaba aún por hacerse u organizarse en una ciudad que no llegaba a cumplir quince años desde su fundación.

Por ello, sus residentes procuraban subsanar algunas de las carencias con los mecanismos a su alcance, especialmente a través de la acción de asociaciones civiles que se constituían -a veces espontáneamente- para impulsar iniciativas o cubrir servicios que los organismos del Estado, por ineficacia o distancia, no alcanzaban a satisfacer.

Precisamente estas acciones grupales contribuían indirectamente a desarrollar vínculos sociales mediante la participación común en actividades de recreación y esparcimiento orientadas, por lo general, a la recaudación de fondos para obras de bien público.

En ésta época fue muy frecuente, por ejemplo, la organización de romerías y bailes para construir instalaciones deportivas, sanitarias, o de seguridad, y al tener la recaudación un destino comunitario, se publicaban sus resultados en los periódicos locales. Ello nos permite conocer hoy entre otras cosas, algunas modalidades de sociabilidad o entretenimiento de los parroquianos.

Pero independientemente de estas reuniones que tenían una finalidad prioritariamente recaudatoria, nuevas oportunidades de vinculación surgían en las conmemoraciones patrióticas que

ya comenzaban a hacerse más participativas, y tenían un efecto aglutinante en esta heterogénea sociedad.

Por ejemplo el Día del trabajo; el 25 de mayo, o el 12 de octubre entre otras fechas, daban ocasión para lograr un triple propósito: estrechar vínculos; divertirse, y al mismo tiempo recaudar fondos para fines comunes.

En ocasión de fiesta popular o patria se ampliaba la práctica de actividades recreativas. Así por ejemplo en un primero de mayo corriente se hacían los actos correspondientes en la plaza, en donde luego de las alocuciones inherentes se entonaba el himno al trabajo, para concluir la mañana con la protagónica intervención de alguna colectividad pre-seleccionada, como la checoslovaca por ejemplo, que desplegaba su música y danzas típicas.

Era costumbre continuar luego la agenda en algún campo cercano, en donde se montaban los buffets, y se ponían en práctica los juegos deportivos y de azar. Por la noche era usual que los festejos continuaran con una velada en el teatro (que ya poseía la ciudad), en donde sin imponerse distinciones de clases –dada la fecha-, se ofrecía la proyección de una película nacional. Los fuegos artificiales de medianoche concluían con las celebraciones de la jornada²

Del mismo modo, la conmemoración de un venticinco de mayo, liderada en este caso por otra colectividad, como la italiana por ejemplo, comenzaba el venticuatro a la noche con una velada en la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos, en la que además del himno nacional y la Marcha Italiana, se ponían en escena otros números musicales vinculantes. El 25 a la mañana después de los actos y el almuerzo, se realizaban los juegos deportivos que tenían como atracción central, la disputa futbolística entre solteros contra casados, práctica muy vigente por entonces.

Por otra parte, una fiesta típica de un 12 de Octubre, revestía caracteres más pintorescos ya que normalmente era organizada por la Sociedad Española. Además de los actos esperables para la fecha, el número principal se desarrollaba en el teatro local con números estrechamente asociados a la cultura de esta colectividad. Durante el día se incluía en los festejos a los pobladores de la cercana localidad de Quitilipi y colonias adyacentes, y los juegos populares desarrollados consistían en el foot ball (como se escribía entonces); el box; las carreras de sortijas; de bicicletas; de caballos; las domas de potros y novillos; y por la noche, se concluía con los concursos de baile.

Además de estas fiestas anuales, un regular hábito de esparcimiento de los lugareños consistía en asistir los fines de semana a las retretas que se realizaban en la plaza central, en donde por lo general, actuaba la banda municipal. Al día siguiente se publicaban los comentarios en el periódico, en el cual se daban minuciosos detalles del evento.

Dentro de estas incipientes prácticas de vinculación social en una comunidad hasta entonces habituada al esfuerzo constante, y en un momento en que la prosperidad parecía consolidarse como consecuencia de los altos precios del algodón, surgió también la posibilidad de ensayar nuevas prácticas sociales que procuraron emular las imágenes ofrecidas por el cine (ocasionalmente presente en Sáenz Peña), o por la publicidad de los periódicos.

Fueron precisamente estos dos medios los que indujeron una nueva gestualidad, modas, y formas de sociabilidad que los habitantes de esta comuna buscaron adoptar para mejorar su trato social. En los periódicos locales podían verse, por ejemplo, avisos publicitarios de sastrerías que promovían mediante extensos mensajes de tono didáctico, la compra de artículos indumentarios equiparándolos a armas de lucha imprescindibles para el logro de la aceptación pública. Pero de

² Una más amplia descripción de esta celebración puede apreciarse en el periódico El Imparcial, de Sáenz Peña, en sus apariciones del 28 de abril y 5 de mayo de 1926.

todos modos, debe aclararse que en el habitante promedio de ésta y de buena parte de las comunidades receptoras de inmigración en el Chaco, esta incipiente inclinación a socializar no fue -al menos en esta época- una necesidad afectiva, sino más bien un recurso para consolidar o acrecentar relaciones en función de un objetivo esencialmente utilitario, tal como lo ha deslizado Pavlotzky en sus descripciones.

Ahora bien, otros ámbitos tuvieron sus propias peculiaridades en cuanto a las formas de vinculación social, y éstos fueron los que podríamos denominar periurbanos por un lado, y los netamente rurales por otro.

Éstas son subdivisiones que nos permitimos hacer sólo para señalar algunas particularidades, pero a sabiendas de que en esta época era difícil marcar una clara distinción de comportamiento entre el habitante rural y el urbano, porque sus vidas transcurrían de manera similar y en una estrecha relación, ya que las colonias no se hallaban muy distantes de los pueblos. En ambos mundos, casi todo estaba asociado a la producción del campo, y en cualquier caso, las diferencias que podrían establecerse serían las posibilidades de vinculación que disponían en uno u otro ámbito.

Es que no podía haber en esta jurisdicción recientemente colonizada una distinción de clases. Al ser un espacio nuevo, no existían tradiciones ni linajes, y además, la inmensa mayoría de los pobladores, ya fuesen europeos o criollos, venían de un pasado inmediato de pobreza o privaciones. Ello obligaba a compartir ámbitos comunes de sociabilidad sin separaciones excluyentes, aunque en ciertos casos, ya comenzaban a insinuarse algunas medidas que procuraban delinear sutiles jerarquizaciones.

Éste es precisamente el ejemplo representativo que intenta transmitir Pavlotzky cuando describe un típico baile popular en la periferia de Sáenz Peña durante la década del cuarenta.

Refiriéndose a las características de uno de estos eventos organizado a beneficio de la construcción de una sede policial, este lugareño nos cuenta:

[...] hombres, mujeres y niños del pueblo se agrupan junto a un alambrado y desde allí contemplan el espectáculo que se desarrolla del otro lado, donde en un palco levantado en el centro, una orquesta del lugar inicia los acordes de un tango. Salen las parejas y se ve que hay dos pistas de baile separadas por un alambrado. En una, de piso de mosaico, hay mesitas y sillas ubicadas en la periferia del cuadrado, donde gente bien vestida bebe, conversa, ríe y salen a bailar al son de la orquesta [...] La otra pista, de tierra regada, está recuadrada por largos tablones que descansan sobre cajones y sirven de asiento a las parejas sencillas. Los hombres visten bombachas y blusas; otros pantalón y camisa; y las mujeres, vestidos simples de percal de fuertes colores [...]

En una y otra pista, dos buffetes improvisados en casillas de madera expenden las bebidas que sirven los mozos trajeados con blancas blusas. Cada pista tiene su entrada por separado, en las que miembros de la Comisión venden los boletos y controlan el ingreso del público. En la pista “popular” llama la atención la presencia de agentes de policía uniformados y de guardia, como si se tratara de presos entre los que hay que guardar el orden. En la otra pista, en cambio, no hay tal vigilancia [...]

La ciudad en formación está estructurando sus clases sociales que marcan, por ahora, esta división de pistas para bailar. De un lado está la pequeña burguesía (todavía no hay gran burguesía) comerciantes, industriales, funcionarios, y algún que otro chacarero ya enriquecido. Del otro, el proletariado: el peón, el obrero de la fábrica, el cosechero, el hachero. Todos vienen a divertirse, a distraerse. Distintas vidas, distintos problemas, pero los mismos deseos de olvidarlos. Y mientras la “popular” se llena de parejas bailando tangos y polkas paraguayas, en la otra tiene más éxito el fox; diferencia de clases, diferencia de gustos [...] (PAVLOTZKY 1942: 38-41)

De esta forma, y aún dentro de las propias limitaciones de estos ámbitos en lo concerniente a los espacios de sociabilidad, debe señalarse que la integración entre los diferentes conjuntos sociales que los poblaron no tuvo mayores restricciones, y se produjo casi de manera natural en un medio despojado de prejuicios, y en donde el mutualismo y la colaboración recíproca fueron más redituables que la imposición de jerarquizaciones.

V. ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

A semejanza de lo ocurrido en otros Territorios Nacionales argentinos, los inmigrantes europeos que fueron a poblarlos tuvieron, en general, una marcada predisposición a integrarse lo más rápidamente posible al medio receptor, aún cuando tuviesen planeado regresar a sus lugares de origen una vez resueltas sus necesidades inmediatas.

Hablamos de “Medio”, porque específicamente en estos espacios no existía una “sociedad receptora”, ya que los habitantes preexistentes eran indígenas, o bien inmigrantes internos o externos arribados, a lo sumo, dos o tres décadas antes.

Esa inicial predisposición, sumada a la cada vez más improbable posibilidad de retornar (por diversos motivos), hizo que la integración entre conjuntos sociales muy heterogéneos tuviese un curso relativamente sencillo.

En el caso del Chaco, dicha integración fue facilitada por el escenario y la época en la que se produjo. Hablamos de un espacio nuevo, de reciente ocupación, sin tradiciones que condicionaran las relaciones, y de un período floreciente económicamente en el que las posibilidades de progreso estuvieron al alcance de todos; la interdependencia fue recíproca, y todo ello favoreció las relaciones interétnicas o intergrupales.

Naturalmente, el tiempo de adaptación varió según la procedencia cada grupo inmigratorio. Dentro de los europeos, los de origen latino fueron quienes lograron una inserción más rápida y sin mayores traumas. Les llevó sin embargo algo más de esfuerzo a los eslavos y germanos.

Y si bien fue el mundo laboral el que propició la integración entre los diferentes grupos -incluyendo a los criollos-, las formas mediante las cuales se desarrolló en el Chaco fueron una característica casi exclusiva de éste.

Estas formas de integración, de las cuales aquí sólo mencionamos las referidas a la vinculación social, se manifestaron fundamentalmente a través de la participación en entidades aglutinantes, como las asociaciones mutualistas o las cooperativas agrícolas; en las actividades recreativas organizadas con fines benéficos; en la asistencia a festividades patrias; y ya en el ámbito rural, en los espontáneos encuentros en espacios de concurrencia común. La coexistencia en un espacio nuevo y libre de tradiciones y prejuicios, tendió así a limar las diferencias del conjunto, antes que a marcarlas.

De allí que, en lo referido al Chaco, suele todavía aludirse a su componente social como un crisol de razas, ya que por su gran heterogeneidad, es muy difícil hasta hoy perfilar una identidad distintiva de los chaqueños ante el resto de la comunidad nacional, hallándose diseminadas por distintas zonas, muestras palpables de una sociedad multiétnica que ha sabido ensamblarse sin mayores conflictos.

VI. BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES:

-Borrini, Héctor. *La Colonización como Fundamento de la Organización Territorial del Chaco (1930-1953)*. Cuadernos de Geohistoria Regional N° 19, IIGHI-CONICET, Resistencia Chaco, 1987.

-Beck, Hugo. *Inmigrantes Europeos en el Chaco*. Transición del pluralismo al crisol. Cuadernos de Geohistoria Regional N°39, IIGHI-CONICET, Resistencia, Chaco, 2001

-Lestani, Juan Ramón *El Territorio Nacional del Chaco. Geográfico, Económico, Social. (Oro y Miseria)*,

Sin Editor, Resistencia, 1935.

-Mari, Oscar Ernesto. *El Territorio Nacional del Chaco durante la etapa conservadora (1930-1943)*. Cuadernos de Geohistoria Regional N° 37, Resistencia, IIGHI- CONICET, 1999.

-Miranda, Guido. *Tres Ciclos Chaqueños*. Crónica Histórica Regional, Editorial Norte Argentino, Resistencia-Chaco, 1955.

-Pavlotzky, José. *Esta Tierra es Mía*, El Ateneo, Buenos Aires, 1947.

-Suáiter Martínez, Francisco. *Los Territorios*, Instituto Cultural Joaquín V. González, Buenos Aires, 1943.

Publicaciones oficiales

-República Argentina. Ministerio del Interior. Asesoría Letrada de Territorios Nacionales. *Censo General de los Territorios Nacionales*, 1920, Tomo 1, Establecimiento Gráfico. A de Martino, Buenos Aires, 1923.

-República Argentina, Ministerio de Agricultura, Junta Nacional del Algodón. *Cosecha Mecánica del Algodón*. Estudio preparado por los Ingenieros Agrónomos Rafael García Mata y Rómulo Franchelli, Buenos Aires, 1942

-Archivo Histórico de la Provincia del Chaco (En adelante A.H.P.CH.). Gobernación del Chaco. *Memorias Presentadas al Superior Gobierno de la Nación por el Gobernador José Castells, correspondientes a los años 1934, 1935, y 1936* (tres tomos). Editorial de la Gobernación del Chaco, Resistencia, 1935, 1936, y 1937.

-Gobierno del Territorio Nacional del Chaco: *Album Gráfico Descriptivo*, Bs. As., 1935.

Publicaciones periódicas

-Periódico *El Imparcial*, de Sáenz Peña, años 1925-26.

-Diario *La Voz del Chaco*, de Resistencia, año 1930.